

**Reseña: Catalina Elena Dobre, *De la Bildung a la edificación como poética de lo femenino en el pensamiento de Søren Kierkegaard. Una interpretación en diálogo con el romanticismo alemán*. Roma, IF Press, 2015.**

*Rafael García Pavón*

COORDINADOR ACADÉMICO DEL POSGRADO EN FILOSOFÍA  
UNIVERSIDAD ANÁHUAC MÉXICO

*Los seres humanos sabemos amar en la temporalidad y pensamos en el amor como una condición y en el matrimonio como una garantía. El gesto de Kierkegaard hasta la fecha escandaliza porque se atrevió a amar de otra manera. No quiso que la mujer amada sufriera la terrible melancolía que envolvía su alma, no quiso hacer de Regine una mujer condenada a la infelicidad por cumplir con un deber social: “y cuando me sienta tan desdichado mi único consuelo es que ella no sufra conmigo”, apuntaba en su Diario. Prefirió renunciar a ella para verla feliz y casada con otro, pero siempre agradeció a Dios por ese regalo que fue Regine y entendió que su amor no era para la temporalidad, sino para la eternidad.<sup>1</sup>*

Corría el año de 1837. Un joven que había nacido viejo, a los 24 años, encorvado y un poco lerdo en su caminar, con su pipa en la mano, con un rostro amable pero con una mirada que dejaba en silencio hasta al más elocuente, atrapaba con su mirada contemplativa la juventud de la quinceañera Regine Olsen. Ella en ese instante sintió que su inocencia se convertía en un interrogante inmortal y él desbordaba su ingenio en palabras que no lograban siquiera hacer un esbozo de lo que entre ellos acontecía: una de las grandes historias

---

<sup>1</sup> Catalina Elena Dobre, *De la Bildung a la edificación como poética de lo femenino en el pensamiento de Søren Kierkegaard. Una interpretación en diálogo con el romanticismo alemán*. Roma: IF Press, 2015, p. 296.

de amor en un pequeño y alejado país confinado a 40 islas en el norte del hemisferio.

El tiempo del cortejo, no más de tres años, es para algunos el más feliz. Ellos no eran la excepción, pero la mirada del joven ocultaba un tormento interno, un secreto marcado por su destino, incomprendible aún hoy para el que no ha tenido el atrevimiento de vivir en todas sus formas el amor, un secreto que lo lleva a decidir que a pesar de que ella lo ha elegido sólo a él, él tiene que abandonarla sólo a ella. Escándalo social, pena interior, culpa eterna; ¿acaso podría tener alguna redención?

Corría el año de 1855. Regine regresa a estos confines de la Europa del norte, después de haber cruzado el Atlántico con su esposo Schlegel; no anhelaba su patria, sino saber algo de aquél del cual había leído sus escritos, redactados en el breve lapso de 20 años. ¿Sería que lo había perdonado? ¿Sería que nunca lo había olvidado? ¿Sería que el amor había madurado? No sin intención lo espera por los caminos por los que se sabe que suele caminar todas las tardes antes de que el sol deje de brillar, en el claroscuro del atardecer, en el cual las sombras son producto de la luz y la luz no hace sino profundizar en las mismas. Aquel joven no más viejo y no más joven que unas décadas atrás, ahora un escritor famoso y figura pública en contienda frontal con la perversión de la cristiandad, levanta la mirada no sin sorpresa pero no al grado de la exaltación; la mira lentamente y con una pasión profunda, cariño y paz, se saludan. Ella le dice “cuídate”, él emprende su camino, al cual nunca habría de regresar. Se despide del mundo unos días después cuando se colapsa en medio de las calles de la ciudad, dejando escrito en su diario algo que podría explicar el conjunto de su obra y el sentido de su amor:

Me hice construir un armario de palo de rosa. Lo hicieron según mis indicaciones [...] inspiradas en unas de sus palabras. Me dijo que me agradecería toda la vida si le concedía que permaneciera junto a mí, aunque hubiera de estar encerrada dentro de un pequeño armario. Por eso el mueble fue construido sin divisiones. En su interior guardo con sumo cuidado las cosas que me la recuerdan. De todos mis libros se han impreso dos ejemplares en papel vitela, uno para ella, otro para mí; entre mis papeles hay una carta, para ser abierta después de mi muerte, que se refiere a ella. A ella y a mi pobre padre dedicaré el conjunto de mis obras: a mis

dos maestros, la noble sagacidad de un anciano y la amable imprudencia de una mujer.<sup>2</sup>

¿Será que la obra de este joven danés, clásico inmortal del pensamiento filosófico, teológico y literario, se explica de algún modo como el sentido de su historia singular de amor? ¿Será que por ello para aquel a quien algunas feministas un poco enojadas han llamado el caballero de la misoginia la mujer no es un concepto, ni un tema, ni un pretexto ideológico, sino que recorre toda su obra en múltiples formas, tratando de descifrar el misterio del amor que sólo ellas poseen? ¿Será que por ello algunos autores han dicho que Kierkegaard sería un filósofo del amor y del matrimonio, a través de lo cual no se establecen normas deberes o caprichos de este último, sino que en sus diferentes formas aparece el sentido profundo de la mujer como la poseedora del secreto del amor y el matrimonio como su expresión más plena como edificación?

Esto es lo que la doctora Catalina E. Dobre, no sin sangre, sudor y lágrimas, nos propone en este libro. Como ella nos dice:

¿Puede representar Regine el ideal de la mujer y a la vez la realidad de las mismas? No cabe duda: para Kierkegaard Regine es la mujer. Es aquel otro mediante el cual él sabe que se ha realizado como persona, ya que el amor a Regine se convirtió en la fuente para comprender el amor a Dios y al prójimo de forma personal. Regine fue para Kierkegaard un regalo de Dios.<sup>3</sup>

Este libro es un homenaje a ese regalo de Dios, uno que se deja llevar por la mirada interna de Kierkegaard, que como la de los grandes genios internaliza de forma singular el misterio del amor. Catalina E. Dobre nos trata de mostrar los nombres de lo inefable, de lo femenino, dándose cuenta en el proceso de escritura de que el mejor nombre para ello es decir mujer, o para Kierkegaard, esa mujer. Lo cual no es tan simple, porque su significado se disgrega en disonancias múltiples que surgen por la tensión entre su contexto romántico y su espiritual intuición, su voz interio; esa verdad para sí que es la vocación del amor de Dios.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 297.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 283.

¿De qué modo la podemos nombrar? No hay nombre para el misterio, sino comprender que es un devenir, que crea no sólo mundos posibles, sino que logra comprenderse en esa revelación que no es posible saber de antemano; esto es precisamente la poética de lo femenino, el movimiento de conversión del modo como los románticos lo nombraron, debido a su inspiración femenina: *Bildung* o cultivo del alma al nacimiento de cada uno como singular relacionado a esa voz interior que llamamos amor; la mujer es el misterio de cómo la formación del alma, de la cultura, se convierte en una relación personal y singular en la que se hace presente y se da testimonio de un amor eterno.

Por ello este libro es una exposición de la mujer, pero como sinónimo de la conversión de la cultura al amor; pero no cualquier amor, sino aquél que encuentra su justificación en una autorelación con el otro que nos fundamenta porque nos ha amado primero. El misterio de lo femenino, el sentido del amor entre Regina y Kierkegaard, el sentido pleno y profundo del matrimonio, es que entre los amantes el criterio no es la posesión, el deseo, el deber, la sociedad, ni una finalidad en específico, sino el relacionarse como queridos por toda la eternidad mediante la unión de sus vidas que se han elegido como libertad, lo cual llama a la edificación. Si bien todos estamos llamados a esta edificación, Kierkegaard ha descubierto que es la peculiaridad femenina por la cual ese movimiento adquiere su plenitud en la realidad y no sólo en la idealidad. Regina hizo que ese amor fundamental fuera real en Kierkegaard como la manifestación de una obra singular.

La peculiaridad o diferencia de lo femenino, sin embargo, no es absoluta, es relativa. En esencia, para Kierkegaard, nos dice Catalina E. Dobre, haciendo un análisis de *El concepto de la angustia*, *La Enfermedad mortal*, *O lo uno o lo otro* y *Etapas en el Camino de la vida*, el hombre y la mujer son idénticos como personas, pues ambos están llamados a ser espíritu, es decir, a devenir por su libertad una persona en relación con el amor de Dios, por medio de su elección interior, pero cada uno lo debe hacer a través y por medio de su peculiaridad específica.

Catalina E. Dobre nos va mostrando cómo repetidas veces Kierkegaard expresa que lo peculiarmente femenino es ese ser para otro. Por eso se angustia más, porque tiene una conexión y una comprensión del tiempo, de la finitud y de la sensibilidad mayor que la

peculiaridad masculina. Esto es una tendencia mediante la cual debe devenir persona: la peculiaridad es medio más no finalidad. Al contrario, lo masculino es la tendencia a la seguridad, a la autoafirmación, a vivir en el infinito abstracto, pues para lo masculino el tiempo parece no pasar, pero para lo femenino el tiempo es de lo que goza su sabiduría. Por ello nos dice en algún momento Kierkegaard que si bien el hombre tiende a lo infinito y la mujer a lo finito, es atando al primero a lo finito que lo trasciende, es decir, lo ayuda a resolver. O al contrario, ante la angustia más específica de la mujer por la no resolución en el tiempo, el hombre aporta la deliberación que hace esperar un poco más. Claro que esto no quiere decir que no pueda existir este elemento femenino o masculino en uno u otro, por lo que es una doble dialéctica entre lo masculino y lo femenino internamente, y entre lo masculino y lo femenino como mujer y varón.

Pero esta dialéctica interna y relacional con el otro se puede realizar de forma verdadera o falsa. Será verdadera cuando en la mujer la entrega, o la resolución en el tiempo, se den no por el tiempo o la entrega misma, sino que una y otra estén fundamentadas de modo primigenio en la elección original de asumirse como personas. Por ejemplo, cuando la entrega no es verdadera, se convierte en desesperación de la debilidad, en chantaje o en victimización; y al contrario, en el hombre si no se da esa afirmación en relación con esa elección original, que los trasciende a ambos y es la presencia de su vocación fundamental en Dios, su relación se vuelve dominación. En cambio, de forma verdadera la entrega femenina le da autoafirmación y la afirmación masculina le da la posibilidad de abrirse a la entrega. Así, nos dice Catalina E. Dobre, puede haber formas diversas de esta dialéctica verdadera o falsa, pero cuya plenitud, como la simultaneidad de todas las formas de vida, es el matrimonio. En otras palabras, la complementariedad es dialéctica, porque cada uno abre al otro a la peculiaridad de sí, con lo que se da una unidad trascendente. Esto es lo que será la edificación, pero como dice Catalina E. Dobre, criticando a algunas lecturas de esta idea desde el feminismo, no se trata de un yo andrógino, sino de un yo relacional, porque no por ello pierden su peculiaridad, sino que se elevan con todo y su particularidad.

En este sentido es que la mujer y el varón son iguales en la diferencia o diferentes en la igualdad, que se expresa no en una relación

de dominación sino de elevación, en donde cada uno se eleva por la unión con el otro no sólo a un complemento, sino a una manera de comprender el mundo de otra forma; es decir, a vivir formas más elevadas de amor, de un amor erótico a un amor ético y finalmente un amor religioso. Por ello para Kierkegaard los movimientos de emancipación de la mujer no tenían sentido, porque querían igualar lo femenino y lo masculino en el terreno estético, en la peculiaridad, como si la diferencia no fuera una realidad; peor aún, no reconocen la igualdad como personas. Por ello profetizaba que la emancipación de la mujer podría acabar con provocar un conflicto interno en las mujeres que identificaran su ser persona con las meras condiciones sociales o materiales; no se trata de negar que ha habido malas condiciones, sino de enfatizar que al final del día éstas no tienen sentido sin esa elección de la interioridad fundamental donde todos somos iguales ante Dios.

En este arco dramático de la poética femenina, Catalina E. Dobre expresa las diversas formas como Kierkegaard, mediante sus seudónimos, trata de identificar, de comprender, el misterio de su secreto que revelaría la justificación de su historia de amor. ¿Cuál justificación? Que el amor y el matrimonio no son cosa de este mundo aunque se realizan durante el tiempo de este mundo.

Así, en el capítulo tercero Catalina E. Dobre nos lleva por cuatro momentos del desarrollo pleno del secreto femenino, de la poética propiamente hablando. Primero nos muestra a la mujer como creación poética, o dicho de otro modo, lo secreto de lo femenino sólo en la expresión inmediata del descubrimiento propio que se da en las diferentes relaciones de seducción y pena, en donde el hombre es el seductor y la mujer, la víctima. Pero aquí sólo hay un signo de ese secreto, como deseo y conciencia de su interioridad, no una elección de vivirla en la realidad. La vida poética es la creación del máximo ideal y la mayor claridad de lo que es y puede ser. Segundo, en un apartado muy interesante que Kierkegaard desarrolla en un libro donde escribe sobre una de las actrices de su tiempo, la autora explica cómo un atributo de esta poética es la capacidad de la metamorfosis de la angustia femenina en una vida interior más plena. En el texto “La crisis y una crisis en la vida de una actriz”, explica cómo en el escenario sólo una actriz madura puede de verdad representar el papel de la joven Julieta en *Romeo y Julieta*, al darse en ella una transformación de su tiempo cronológico en el tiempo espiritual

de la juventud, pero no como la ingenua y dolorosa adolescencia, sino como la que comprende de verdad el sentido de la misma. Tercero, Catalina E. Dobre nos expresa cómo esto va definiendo el ser de la mujer como un ser para el otro; una sabia del tiempo, pero no un ser “de otro”, sino un ser cuya finalidad es que el otro se revele a sí mismo. Para ello su atributo esencial es el silencio, no como el callar, sino como el tener la virtud del pudor y la modestia; y con esa sabiduría del tiempo, saber cuándo es el momento de la elección, cuándo es el momento en que le puede dar al otro la condición de elegir, pero sin elegir por el otro. Por ello la perversión de este atributo femenino es la manipulación que termina por convertirlas en la figura de la bruja. Y finalmente, el ámbito en el cual la plenitud de interioridad, el silencio, el ser para otro, se lleva en el matrimonio como una síntesis de enamoramiento y decisión, pues el matrimonio no se da por una finalidad, no se motiva por los hijos, no es para cumplir un deber ni un tiempo cronológico, sino para que los que se unen en matrimonio vivan la edificación. Kierkegaard critica tanto la posición romántica de un matrimonio sólo determinado por el placer y la pasión, como la de uno ilustrado, sólo determinado por la sensatez y la cordura de la sociedad. Para Kierkegaard esa síntesis de lo masculino y femenino, interna y externa, es también la síntesis que determina un matrimonio verdaderamente por amor, como pasión que decide por conciencia unirse al otro, porque en el fondo eso se motiva por una elección original que es una vocación específica: la de que cada uno se sepa un tú amado por Dios.

Como nos dice Catalina E. Dobre:

Kierkegaard nos deja entender que el matrimonio no se fundamenta sobre ocultez y diferencias, sobre costumbres y monotonía, ni por pretensiones y preferencias, sino que es la unión de los enamorados mediante la decisión y en las condiciones reales del mundo [...] el matrimonio se realiza cuando el amor erótico hace posible la revelación de la posibilidad interna del espíritu de llegar a ser sí mismo, pero esta posibilidad se debe hacer presente mediante la decisión de los enamorados frente a Dios. Hay una sola edad para casarse: cuando se está enamorado; en otro tiempo o se es demasiado joven o demasiado viejo.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 244-245.

El matrimonio verdaderamente por amor, es decir, fundamentado en la elección de saberme amado por Dios, se convierte en un ámbito en el cual el placer y el deber no se aniquilan sino que cobran su pleno sentido. Como decía san Pablo: el amor edifica, porque provoca la situación de ejercer la fe en ese amor cuando uno u otro decae; aunque ante los ojos del mundo esa edificación no necesariamente esté acompañada de una bonita boda en el palacio real, porque el matrimonio en este sentido puede ser inclusive mediante el sacrificio por el otro, o inclusive puede exigir dejar al otro o enfrentar el martirio del estado actual de las cosas. El matrimonio es subversivo espiritualmente, y cuando lo identificamos como un ámbito de seguridad y confort social lo pervertimos y lo mundanizamos: renunciamos al amor. Como nos dice Catalina E. Dobre al final de este apartado: “la belleza de la mujer está en poder metamorfosearse desde la interioridad, de aumentar su belleza en relación con su forma de ser, sin querer ser algo más de lo que es, edificándose a sí misma, crecer en el amor y vivir desde el amor.”<sup>5</sup>

¿Será que entonces así podemos comprender dos textos aparentemente contradictorios de Kierkegaard en relación a Regina? Por un lado, la carta que le escribe a su esposo Schlegel cuando se van a Brasil: “Ella es para ti en este mundo y mía para la eternidad”; y por otro en su diario nos dice: “Si hubiera tenido fe suficiente me hubiera casado con ella”. A lo mejor la respuesta sólo la sabían ellos, y nosotros sólo podemos vislumbrar que ese amor es transformarse de la relación seductor-víctima a la de esposo-esposa, a la de una relación personal de uno y otro y al mismo tiempo cada uno en relación al amor que se revela en la poética de lo femenino. Pero como poética no nos dice que nos exigirá como decisión fundamental, a Kierkegaard probablemente la renuncia, a otros el cuidado, a otros el sacrificio. Es, como diría Kierkegaard, un asunto de conciencia. ☞

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 251.